

habría suavizado su natural feroz; mas apenas le desembarcaron, acometió á un pobre asno, poco preparado para semejante ataque, y al que hubiera destrozado sin género alguno de duda, á no haber acudido en su auxilio.

Uno nacido en Paris se arrojó un día contra los barrotes de hierro de una jaula en que estaban encerrados osos, panteras y jaguetés. Otro nacido en Inglaterra se presentó tímido y de muy mal humor ya desde pequeño; permanecía casi siempre acurrucado en uno de los mas oscuros rincones de la jaula: á la presencia de un hombre, ya fuera este conocido, ya desconocido, estaba callado, y no bien quedaba solo, prorumpía en un melancólico aullido, volviendo luego á su habitual silencio. Aunque llegó á conocer perfectamente al que le cuidaba, sin embargo, nunca se mostró cariñoso con él, ni hizo movimiento alguno con la cola, al modo que suelen ha-

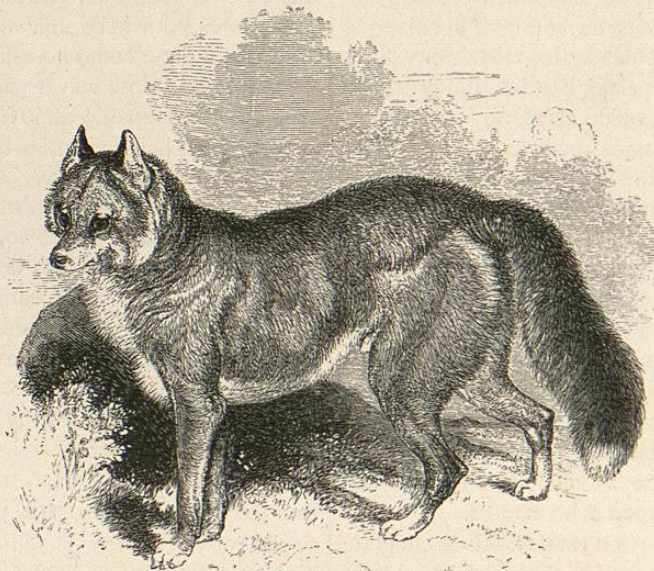


Fig. 180.—EL DINGO

cerlo los perros. Generalmente era hurano é intratable con los extraños; complaciase á veces en morder á traición á los que pasaban delante de su jaula y retirábase luego de nuevo á su rincón favorito, echando desde allí malignas y furiosas miradas sobre su víctima. Miró siempre con muy mal ojo á los perros domésticos y no quiso nunca trabar con ellos relaciones amistosas.

Opino que no debe darse á estas noticias mas importancia de la que buenamente puedan tener: ya he dicho repetidas veces que la manera de comportarse un animal cogido desde sus primeros años depende del modo como se le trate. El dingo es un perro inteligente, por lo que creemos que se le podría domesticar, si no á la primera generacion, á lo menos á la segunda ó tercera; y á no ser de tan fea catadura, no cabe duda que se le habría ya domesticado con objeto de poder

así utilizar para la caza su excelente olfato. Cuán expuesto sea á falsas apreciaciones el juzgar de todos los individuos de una especie por lo que se observe en uno ó algunos de ellos, lo prueban los dingos del jardín zoológico de Breslau: uno de estos se ha amansado por completo, mientras el otro ha continuado en su estado de selvaticque; el primero, y es esto muy notable, ha aprendido poco á poco á aullar bien, empleando debidamente su lenguaje recién adquirido siempre que, por ejemplo, se abre una puerta á las inmediaciones de su jaula; y el segundo, por el contrario, aulla de un modo muy imperfecto, imitando al chacal en sus prolongados aullidos con los cuales hace siempre coro el primero. Schlegel, á quien debo todos estos datos, opina coningo que de los descendientes del dingo podría el hombre sacar sin duda muy útiles auxiliares.

PERROS PARIAS Ó CIMARRONES

daderos *parias*, los cuales besan agradecidos la mano que les sujeta al yugo de la servidumbre, y se creen felices, con tal que el hombre les considere dignos de ser su compañero y criado.

1.º Perros cimarrones de la Europa meridional

En la Europa meridional no viven los perros como en nuestro país.

En Turquía y en Grecia pululan al rededor de las ciudades y pueblos manadas de perros errantes, que recorren las calles, aunque sin penetrar nunca en los patios. Cazan los perros domésticos y se alimentan de otros seres, de pequeños animales, de ratas y ratones.

Los campesinos del sur de España rara vez dan de comer á sus perros, los cuales rondan por la noche para buscar su alimento (1).

Segun Bolle, en las Canarias pasaron al estado salvaje perros aislados, causando luego destrozos en los rebaños de carneros.

2.º Perros cimarrones de Egipto

Los perros del Levante no son nunca tan independientes como los anteriores; pero deben, no obstante, buscar su alimento, pues nadie se cuida de ellos. Yo los he observado

(1) Esto no es del todo exacto (*N. del T.*)

queroso, y la cola larga, poblada y colgante. El pelaje es basto, áspero, erizado, y de un color pardo rojo sucio, que tira mas ó menos á gris ó amarillo. Algunos individuos son negros ó de un amarillo claro, si bien escasean mucho estos últimos.

Las ciudades egipcias se hallan edificadas sobre todas las ruinas de las antiguas: la mayor parte de ellas, incluso Alejandría y el Cairo, están rodeadas de verdaderas colinas de escombros; allí es donde se retiran los perros salvajes.

CARACTÉRES.—Pertenecen á una sola raza: tienen la talla del perro de pastor, las formas pesadas, el aspecto as-

queroso, y la cola larga, poblada y colgante. El pelaje es basto, áspero, erizado, y de un color pardo rojo sucio, que tira mas ó menos á gris ó amarillo. Algunos individuos son negros ó de un amarillo claro, si bien escasean mucho estos últimos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Viven del todo independientes en las ruinas; duermen la mayor parte del día, y andan errantes por la noche. Cada individuo tiene dos madrigueras, hechas con mucho cuidado, y situadas, la

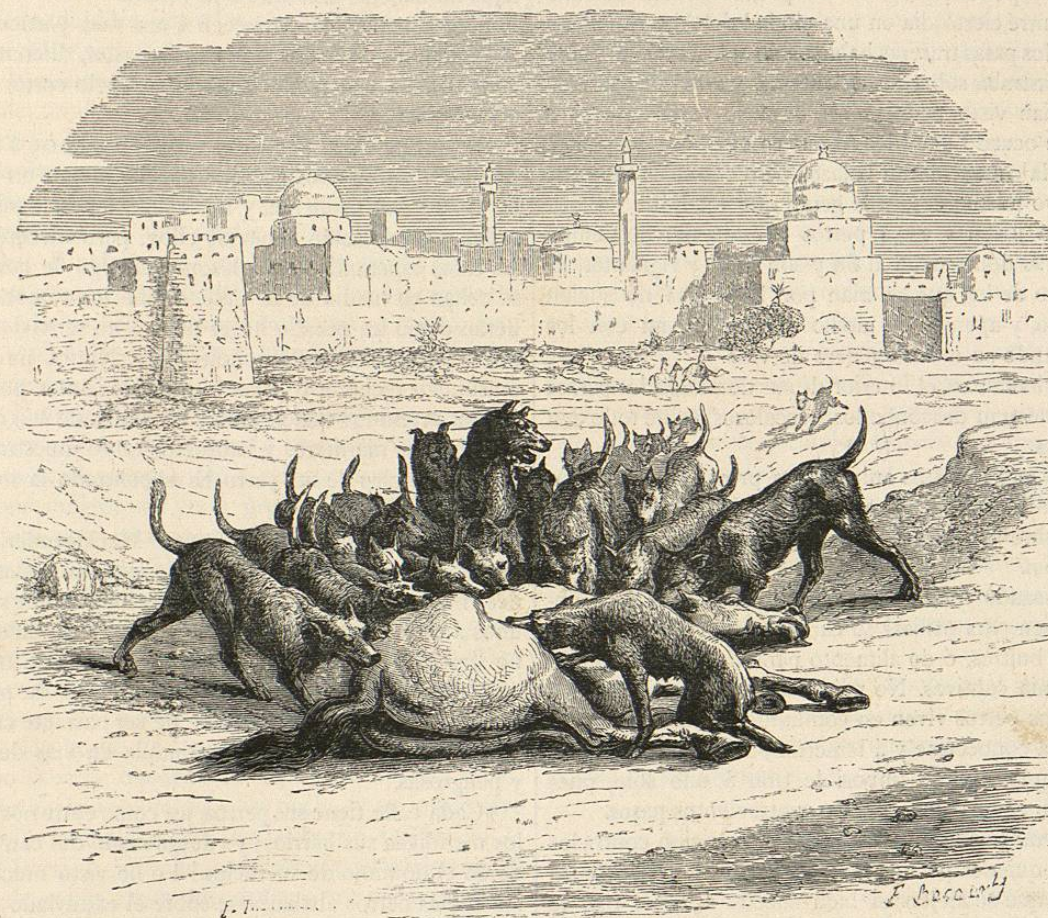


Fig. 181.—LOS PERROS DE CONSTANTINOPLA

animales vayan á comer con ellos; pero los buitres no se dejan rechazar fácilmente, y les oponen una enérgica resistencia.

Aun se pueden ver aquellos perros acechar como los gatos las ratas del desierto desde la entrada de sus guaridas, ó bien perseguir á los pájaros, lo mismo que los zorros y los chacales. Si no encuentran restos que devorar, pónense en camino, penetran hasta el interior de las ciudades y recorren las calles en todas direcciones. Se les tolera porque comen las inmundicias; y hasta sucede á veces que ciertos fervientes mahometanos no les olvidan en sus testamentos, é instituyen legados para su manutencion.

Los sexos se unen en la primavera y en el otoño, lo mismo que los otros perros. La hembra deposita los cachorros en su agujero, despues de agrandarlos y trasformarlos en una verdadera guarida, donde se ve al cabo de algun tiempo á los hijuelos jugando con la madre. Sucede con frecuencia que una perra, á punto de parir, se forma una madriguera en el interior de la ciudad, eligiendo un rincón mas ó menos oculto, ó bien en medio de la calle; y allí da á luz sus hijuelos. Diríase que sabe el animal que puede contar con la proteccion de los

una al este y la otra al oeste. Si la montaña está orientada de modo que las dos aberturas de las guaridas se hallan expuestas al viento norte, el perro abre una tercera en la vertiente opuesta; pero no la habita sino cuando un viento demasiado frío le hace molesta la permanencia en una de las otras dos. Hasta las diez de la mañana se le encuentra en la madriguera de la vertiente oriental; allí espera á que los primeros rayos del sol vayan á calentarle, y cuando el calor es ya excesivo se retira á la sombra. Entonces se ve á los perros levantarse uno tras otro y dirigirse cada cual á su guarida de la vertiente occidental, á fin de continuar durmiendo. Despues de medio día, cuando les visita el sol, vuelven á su primer agujero, donde permanecen hasta la noche.

Entonces parece animarse la colina: fórmanse grupos mas ó menos numerosos, y hasta verdaderas jaurías; y se oyen ladridos y aullidos. Los perros se reúnen en masa al rededor de un animal muerto, y en una noche devoran completamente el cadáver de un asno ó de un mulo. Si les agujonea mucho el hambre, comen toda clase de restos pútridos, aunque sea de día y por mucho que les molesten las aves de rapiña. Son muy avariciosos, y no pueden tolerar que otros

mahometanos; y es curioso ver con qué deferencia tratan aquellas gentes al animal. Yo he visto muchas veces á los jinetes turcos y árabes que pasaban por las calles, apartar cuidadosamente su caballo para no hacer daño á la perra ó su prole. Rara vez pasa un egipcio por delante de una hembra que cria sin echarle un pedazo de pan, un hueso ó algunas habas. Para los mahometanos es un pecado matar ó herir á un animal sin necesidad; pero la compasión que manifiestan tiene á veces el defecto de ser exagerada. A menudo se ven perros enfermos en las calles, sin que haya una mano que se atreva á poner término á los padecimientos del animal: yo encontré cierto día en una ciudad del Alto Egipto un perro cuyas dos patas traseras habian sido aplastadas; el pobre animal se arrastraba sobre las delanteras, y aunque los habitantes le habian visto padecer así durante varios meses, á ninguno se le ocurrió matarle. Al ver yo esto, cogí mi pistola y le atravesé la cabeza de un balazo; pero entonces tuve que defenderme yo mismo contra la gente que acudió.

Si se cogen jóvenes estos perros y están mucho tiempo aprisionados, se domestican al fin y son fieles y vigilantes. El mayor número de los que se crían por las calles no suelen encontrar amo, y apenas son medio adultos se van con los viejos, adoptando su mismo género de vida.

Cuando se hallan en el interior de sus dominios, los perros salvajes se muestran desconfiados y recelosos, sobre todo con los extranjeros.

Maltratar á uno de estos animales es promover un verdadero tumulto: de cada agujero sale una cabeza, y en pocos minutos se cubre la colina de perros que ladran ruidosamente sin interrupción.

Yo los he cazado varias veces en toda regla, ora para observarlos, ó bien para utilizar su carne, la cual me servía de cebo para los buitres, ó de alimento para las hienas y aves de rapiña que tenia cautivas. No me ha faltado ocasión de reconocer que estos perros viven en comunidad: al cabo de pocos días llegaron á conocerme y á temerme; así es que en Khar-tum, por ejemplo, me fué imposible tirar á uno solo, pues no me dejaban acercarse más allá de cuatrocientos pasos.

Por lo general tienen estos animales prevención contra los extranjeros, á quienes persiguen con sus ladridos; pero basta volverse para que se alejen; si bien sucede á veces que le acometen á uno todos juntos, en cuyo caso conviene atravesar de un balazo la cabeza del mas atrevido. Viven, por el contrario, en buena armonía con los mahometanos y todos aquellos que visten el traje levantino; no los temen, y se acercan como si fueran perros domésticos.

Están en continua guerra con estos últimos: si alguno se pierde por casualidad en territorio ocupado por ellos, le muerden hasta que ya no puede moverse. Los perros de una colina no viven tampoco en buena inteligencia con los de otra; pues luchan contra todo aquel que no se ha criado entre ellos.

Con frecuencia se multiplican los perros salvajes de una manera temible, llegando á ser entonces una verdadera plaga para el país.

A fin de disminuir un poco su número, Mehemet-Alí mandó una vez cargar un buque con estos animales, disponiendo que se les arrojase al agua en alta mar. Felizmente, se hallan poco sujetos á la hidrofobia; y apenas podría citarse un solo caso de un hombre mordido por un perro rabioso.

Los mahometanos tienen á estos perros por impuros, así como á todos los seres que se alimentan de animales muertos, de tal modo que jamás se atrevería un creyente á tocar á uno de ellos. Cuando están domesticados, ya es diferente: entonces se cree que su húmedo hocico es la única parte impura, y por lo tanto se evita su contacto.

3.º Perros parias ó cimarrones de Constantinopla

Estos animales se encuentran también en dicha ciudad: hé aquí lo que refiere Hacklaender acerca de ellos: «No se puede uno representar las calles de Constantinopla sin los perros salvajes que las recorren en manadas innumerables. Por lo general se hace una ilusión sobre ciertas cosas que lee, y viene luego á destruirlas la realidad: en este caso no sucede lo mismo; todos los viajeros están unánimes en describir á tales perros como una verdadera plaga; pero aun están muy lejos de haberse acercado á la verdad.

»Estos animales pertenecen á una raza particular: asemejarse bastante á nuestros perros de pastor, diferenciándose de ellos por tener la cola enroscada y el pelo corto, de un color amarillento sucio.

»Al verlos vagar por acá y acullá, ó echarse á tomar el sol, no puede uno menos de confesar que ningún otro animal tiene el aire mas insolente, y hasta diré, tan maligno. Todas las calles y plazas están llenas de ellos: permanecen delante de las casas esperando á que les arrojen algo de comer, ó bien se echan en medio de la calle, donde los turcos, que consideran como un pecado hacer daño á un sér viviente, se apartan de su camino por no molestarlos. Nunca he visto á un musulmán rechazar ó pegar á un perro; antes por el contrario, los artesanos suelen darles los restos de su comida. Únicamente los marineros y barqueros no se muestran tan bondadosos, y mas de un perro ha encontrado la muerte en el Cuerno de Oro.

»Hace algunos años, continúa Hacklaender, Mahamud mandó trasportar algunos miles de estos animales á una roca desierta, cerca de la isla de los Principes, donde se devoraron unos á otros; pero tan prodigiosa es su fecundidad, que esto no sirvió de nada. A cada paso se encuentran madrigueras, en cada una de las cuales hay una familia de perritos, que esperan hambrientos el instante de ser bastante crecidos para convertir las calles de Constantinopla en vías desagradables y peligrosas.

»Cada calle tiene sus perros, así como entre nosotros tienen los mendigos sus barrios; y ¡desgraciado del can que se pierde en el dominio de su vecino! Yo he visto muchas veces á los demás perros abalanzarse sobre el extraviado y destrozarle acto continuo si no buscaba su salvación en una rápida fuga.

»Bastaba que fuésemos á comprar algunos comestibles á un bazar para que ya nos siguieran todos los perros que encontrábamos al paso, y si nos abandonaban en la esquina de la calle, bien pronto teníamos una nueva escolta. Durante el día, no es cosa de inquietarse; pero de noche son estos perros peligrosos para el franco que atraviesa solo y sin linterna las calles de Estambul. Con frecuencia he oído hablar de extranjeros que fueron acometidos, y solo se salvaron por la intervención de algunos musulmanes, atraídos por los gritos de ¡socorro! ¡socorro! Nosotros mismos, que no salíamos nunca por la noche sino en cierto número y provistos de linternas, debimos muchas veces á nuestros bastones el no volver á casa con la ropa hecha jirones.»

Un comerciante establecido en Constantinopla, llamado Tren, me participa algo mas tocante á estos perros. «Nuestros perros pueden recorrer, dice él, sin el menor peligro las calles habitadas por europeos, pero no las otras; pues al punto se les echan encima los perros cimarrones, los cuales llegan á veces hasta el extremo de atacar á los dueños de aquellos, sobre todo si se les azusa ó amenaza.

«Los extranjeros domiciliados en Constantinopla no molestan en lo mas mínimo á estos pobres animales, pues saben por propia experiencia que son indispensables en una ciudad

que carece de toda policía sanitaria y en cuyas calles y plazas se arrojan toda clase de despojos animales é inmundicias.

»Quien quiera que trate á los perros parias con la humanidad de los turcos, recibe de ellos patentes muestras de gratitud y cariño; por lo que es hora ya de desechar toda prevención contra los mismos. Ellos hacen por su parte todo cuanto pueden para entrar en amistosas relaciones con el hombre, creyéndose dichosos si este en lugar de rechazarles les sale al paso y les dirige algunas caricias. No puede negarse á estos perros dotes de fina observación y perspicacia: hacen cabal distinción entre los hombres de corazón generoso y los de corazón duro, entre los que les quieren bien y los que intentan maltratarlos. La sirvienta de uno de mis conocidos tenia la costumbre de echar algunos huesos á los perros de la calle; un día de mucho frio se vió varias veces burlada por los repetidos aldabazos que daba á la puerta á quien no acertaba á ver; pero, por fin, le advirtió una vecina que el que llamaba no era otro que uno de los perros á los cuales tenia la costumbre de dar algo, y que ahora ponía en movimiento la aldaba sin duda para llamar la atención de la sirvienta y hacerla pensar en él. Esta, las veces que fué á abrir la puerta, ya habia ciertamente notado al perro, pero nunca se apercebía de sus cariñosas manifestaciones ni de los vivos movimientos de su cola.

»Durante la temporada en que las autoridades de Constantinopla acostumbran envenenar á los perros para disminuir así su excesivo número, fué á refugiarse en el almacén de uno de mis amigos, una perra preñada, la cual habia tomado una dosis de veneno. Al notar mi amigo las dolorosas contorsiones del animal, al oír sus lastimeros aullidos, no pudo contenerse; llamó á sus criados y les prometió una buena recompensa si lograban hacerla tragar leche y aceite. Sujetáronla luego tres de ellos, la forzaron á beber y al día siguiente estaba ya fuera de peligro. A los pocos días parió seis cachorros en un rincón del almacén, y á nadie dejaba verlos excepción hecha de aquellos tres criados que la habian salvado la vida; obedecía fielmente las órdenes de estos, guardaba el almacén de día y de noche, y en lo sucesivo nunca se alejó de aquella calle. En el barrio de Pera, en la calle de los Dervises, vivía un comisionista, el cual tenia la costumbre de echar algun mendrugo á un perro de dicha calle. Cuando aquel salió de Constantinopla, siguió el perro hasta el puerto, á pesar de verse rechazado; y como si el fiel animal comprendiera que iba á perder para siempre á su caritativo amigo, se arrojó al mar y se dirigió nadando hácia la embarcación, en la cual dió orden de introducirle el capitán de la misma. Corrió al instante en busca de su bienhechor, le halló y dióle á conocer su alegría y agradecimiento con las mas expresivas demostraciones; no pudo aquel manifestarse insensible á tantas muestras de fidelidad y se le llevó consigo.»

Estos hechos que acabamos de citar, prueban claramente que el perro, aun el mas degradado, puede llegar á ser un fiel é inseparable compañero del hombre, siempre que este le trate con sincera benevolencia.

4.º Los perros tártaros

Una cosa parecida sucede, segun Schlatter, entre los tártaros de las orillas del mar de Azoff. «El perro, dice, es menos apreciado que el gato; este tiene derecho de habitar en la casa, de probarlo todo, de comer en el plato de los niños como personas mayores, y hasta de compartir la cama del hombre. Se le considera como un animal puro, como el favorito de Mahoma, y no se permite que le falte nada. En cuanto al perro, no le dejan siquiera presentarse en la casa.

CARACTÉRES.—»El perro tártaro es de tamaño regular y muy flaco; su pelaje es largo, erizado y de color oscuro.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—»Se encuentran los perros tártaros en los pueblos en desagradable abundancia, pues no se destruye ninguna cria. Pueden alimentarse con los restos de otros animales ó con la cabeza de algunas reses que se mate, pero si les falta esto, se les deja que sufran el hambre. Se comen los excrementos del hombre, y si la necesidad les induce á penetrar en alguna casa, los echan á palos.

»Estos animales constituyen una plaga para los tártaros y los extranjeros, pues acometen indistintamente á unos y otros. El que viste traje europeo, apenas puede librarse de ellos, ni aun á caballo, si no va acompañado de tártaros. Lo mejor que puede hacer todo jinete es poner su montura al paso; y en cuanto al peaton, debe andar con lentitud, llevando por detrás el palo de que va armado siempre, porque entonces, los perros, que no atacan nunca por delante, se agarrarian á él antes de morder al hombre. También puede uno librarse de su persecución arrojándoles algo de comer, pues entonces se detienen á devorarlo y dan tiempo para refugiarse en alguna casa. Si apalea uno á cualquiera de estos perros, aulla, y entonces acuden todos los del pueblo y es el peligro mucho mayor; lo mismo sucede si se aprieta el paso ó se trata de huir. Citanse varios ejemplos de personas que fueron derribadas y aun gravemente heridas: la detonación de un arma de fuego les asusta, porque no están acostumbrados á oírlo; si no se lleva alguna cuando es uno perseguido por estos perros, lo mejor es sentarse tranquilamente. Este acto les impone por lo general; detiéndose asombrados, forman círculo al rededor, aunque sin acometer, y acaban por marcharse.

»No se emplean los perros tártaros para guardar los rebaños: en el interior de los pueblos no les hacen daño alguno; pero en las estepas matan los terneros y carneros, y se comen la cola de los últimos.»

5.º Los perros de la Rusia meridional.

«Estos perros, dice Kohl, se acercan durante el invierno por manadas á las ciudades, y devoran las inmundicias y los animales muertos. En algunos puntos, como por ejemplo en Odesa, hay vigilantes encargados de matar continuamente los perros que se presentan; pero la medida es inútil, pues no se puede destruir la causa de esta plaga en los pueblos y ciudades. Estos seres constituyen una verdadera epidemia para el país, porque todo lo destruyen y se comen las uvas y demás frutos.»

6.º Los perros del Brasil

En algo mejores condiciones viven los perros del Brasil, de los cuales nos ha hecho recientemente Hensel una interesante descripción. «Ellos, dice, no pertenecen en general á ninguna raza determinada; cruzados y deformados de mil modos diferentes, no experimentan inclinaciones ni ejercitan los sentidos con ningun fin determinado; aproxímanse al estado natural y primitivo del perro cuyos sentidos y facultades todas combaten únicamente por la existencia. Y en realidad sostienen estos perros un verdadero combate; pues el brasileño, que es demasiado perezoso para procurarse por sí mismo el sustento, ha tomado la resolución de no dar nunca de comer á sus perros á fin de no entibiar así en ellos su afición á la caza. Acostúmbranse desde sus primeros años á privaciones de toda clase; roban cuanto pueden; re-